

ARRANCAR LA MÁSCARA

AL ENEMIGO

Salim Osta^() y Tulio Aristizábal S.J.^(**)*

Quienes nos interesamos en la historia de país, hemos tropezado con la dificultad de hallar datos nuevos que refuercen nuestros conocimientos. En comparación con otros países de la propia América, Colombia no es muy rica en sus archivos. Pero lejos de menospreciar lo que pudiera lograrse en este campo aspiramos, por el contrario, a reunir un acervo documental que descubra al investigador nuevos horizontes de nuestra historia.

En Colombia, acaso más que en muchos otros países, hemos enfrentado toda suerte de enemigos que, por los más raros y diferentes caminos han atentado contra nuestro tesoro documental. Nos ocuparemos brevemente de tales enemigos, con el ánimo de llamar la atención sobre su gravedad, su capacidad expansiva y su aptitud para influir, ya de manera visible, ya de manera encubierta. Veamos:

ENEMIGO N° 1: EL HOMBRE

En el deterioro y pérdida de muchos de nuestros más valiosos documentos escritos, los colombianos no podemos declararnos libres de culpa. La anécdota que a comienzos de siglo contaba don Amaranto Jaspe, célebre cartagenero, no constituye en modo alguno caso único en nuestra historia.

Decía él que cierto día en Cartagena, siendo niño, vio cómo llevaban a botar una carreta llena de papeles, y que de ella cayó por descuido un par de rollos. Luego de recogerlos, pidió que se los regalaran. La

respuesta fue positiva, pues se trataba de «cosas sin valor». Una vez en su casa el niño advirtió que se trataba de dos planos de la ciudad. Y resolvió conservarlos. Con el correr del tiempo, ya mayor, caería en la cuenta del alcance de su contenido: se trataba de valiosas copias realizadas por el Coronel de Ingenieros, don Antonio Arévalo, uno de los más destacados constructores de murallas, defensas y edificios de aquella ciudad. Vivió allí en la segunda mitad del siglo XVIII, y fue consagrado por sus méritos. Sobre el alcance de su obra, el historiador Enrique Marco Dorta, afirmó que «... en Cartagena realizó las más importantes obras de fortificación que el genio español elevó en tierras de América».

Uno de los planos conservados por Jaspe, señalaba las diversas islas sobre las cuales se fue edificando la ciudad, y el otro enseñaba las distintas obras de defensa que a través del tiempo se fueron levantando. Por desgracia, también de las manos de don Amaranto desaparecieron aquellos documentos, que alguien tomó en préstamo sin devolverlos.

Como los planos del ingeniero Arévalo, también han desaparecido de Cartagena y de las ciudades y pueblos de Colombia valiosísimos y numerosos documentos que constituyen patrimonio de nuestra historia. Allí, por ejemplo, buscaríamos inútilmente documentos anteriores a 1790. No existen. En tal sentido, Donald Bossa Herazo señala con razón: «En Cartagena no existe archivo colonial... [todo] ha sido destruido por la

(*) Funcionario del laboratorio de restauración AGN. Colombia.

(**) Ex-rector de la Universidad Javeriana, a cuyo cargo está el patrimonio de la iglesia y museo de San Pedro Claver, Cartagena.

humedad, el comején, la dejadez y la peregrina ocurrencia de un gobernador, de mandar quemar los papeles viejos para darle cupo a los nuevos en el vetusto local del Archivo de la Gobernación».

Todo lo concerniente al Descubrimiento, a la Conquista y a la Colonia, hasta casi las vísperas de la Independencia, nos vemos forzados a buscarlo en Sevilla, Madrid o Roma, y aún en Santiago de Chile, adonde fueron a parar de insólita manera esos fragmentos invaluable de nuestro pasado.

ENEMIGO Nº 2: EL CLIMA

Al desembarcar en «tierra firme», los primeros conquistadores encontraron un clima muy distinto al envidiable de nuestras regiones intermedias. Llegaron ellos a las cenagosas llanuras, junto al mar, de clima ardiente y ambiente húmedo y salitroso. Fue el impacto inicial, y por ello mismo el más impresionante, el que se grabaría en su memoria para siempre: arribar al Nuevo Mundo era adentrarse en un clima infernal. Era como poner en juego la salud y la vida. Los más temerosos dieron un paso atrás. Así, monseñor Francisco Rodríguez de Valcárcel, nombrado obispo de Cartagena, poco después de tomar posesión, en julio de 1650, escribía al Rey: «Señor esta ciudad de Cartagena es un fuego, y a donde las carnes y pescado no se pueden guardar para otro día, y todas las demás cosas fácilmente se corrompen, y peligrosa para la salud, como lo han mostrado las muertes tan breves de mis antecesores, y así suplico a V. M., me mude a la tierra más templada».

Quien así escribía, como cediendo a una personal y certera intuición, moriría de fiebre palúdica al año siguiente. Cuando, en contraste, el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada da con la altiplanicie boyacense, encuentra un clima como el de Espa-

ña: sin humedad ni bochorno sin mosquitos ni sabandijas. Allí se detendría para fundar la ciudad, centro de las tierras por él conquistadas.

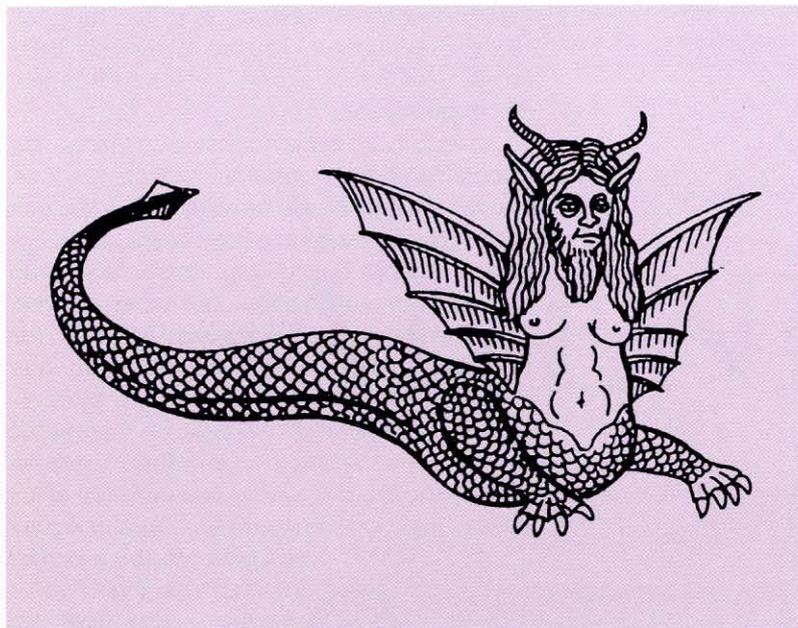
A climas así, benignos, se marcharían los intelectuales y organizarían bibliotecas y archivos. «Allá viven los provinciales», diría con cierto ácido humor el padre Felipe Salvador Gilij. Y añadía que... «Las tierras frías eran lugares muy apropiados para tener bibliotecas y erigir, como enseguida se hizo, los más importantes tribunales». De ahí que cuando años más tarde, en 1780, se planteó la posibilidad de instalar en Cartagena la sede del Virreinato que habría de reforzar la defensa del Nuevo Reino frente a los piratas ingleses, se argumentó que el riguroso clima echaba a perder los archivos, y que un Virreinato y una Real Audiencia no podían funcionar sin papeles.

En sus «Noticias históricas», Fray Pedro Simón se refiere al clima de Cartagena tachándolo de excesivo «por ser el país calidísimo toda la vida, refrescándolo poco la noche», en donde «llueve de ordinario con fuertes aguaceros y truenos». Y añadía que se suaviza en algunos meses «pues son estos vientos (los de la primera mitad del año) el alma de aquel país, por alentarle entre sus infinitos calores». Y enfatizaba sobre la humedad, afirmando que son muchos los «vapores que levanta el sol,

de mar y tierra por ser pantanosa».

Por todo ello, la ciudad va adquiriendo un aspecto que la afea. En Cartagena existe todavía hoy una calle bautizada la «Calle de la Ventana de Fierro», en homenaje a una ventana que debió alzarse en aquel lugar, y que debió ser excepcional, pues los cartageneros rara vez frecuentaban semejante arquitectura: el metal pronto se corroía bajo el efecto de la atmósfera salina. En este sentido se orienta la crónica de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, cuando afirman que las casas





de la ciudad «todas tienen balconerías y rejas de madera, materia de más resistencia en aquel temple que la de hierro, porque éste se descostra y desmorona después de algún tiempo con la humedad y los vientos salitrosos. Por esta causa y la de estar de color de humo las paredes, parecen mal en lo exterior las casas y edificios».

Cuando el jesuita suizo Jean Magnin, destinado a las misiones de América, partió de Cartagena en 1724, río Magdalena arriba, rumbo a Quito, se admiraba porque las canoas en que viajaba estaban «hechas de un solo y enorme árbol, que no tiene un solo clavo ni nada de hierro, pues es tal la humedad de este clima que la herrumbre corroe fácilmente el más duro acero que un gusano un madero podrido». Y, desde luego, el papel, por ser materia delicada y frágil, no permanece inmune a este mal. No pocos documentos del Archivo de Indias y de otros fondos bibliográficos, se hacen de difícil lectura, pues la humedad los ha deteriorado. O por haber sido mal archivados: es el caso de hojas dobladas o que dejadas largo tiempo en posición defectuosa llegaron a adherirse borrando entre sí lo escrito. Si es este un problema que persigue a todos los archivos ¿qué decir de los que existen en el trópico, a orillas del mar?

Por fortuna, en ese entonces, hubo también archivos que se preocuparon por tomar

medidas preventivas. El padre Hernando Cabero, en 1667, siendo Provincial de la Compañía de Jesús, en el Nuevo Reino, tras hacer una visita al Colegio de Cartagena, «manda que se saque copia de los principales documentos del archivo de la casa, ya que su conservación en el clima de Cartagena es muy difícil, y enviarlas al archivo de la Provincia, en Santafé».

ENEMIGO N° 3: BICHOS

Fray Juan de Ladrada O. P., obispo de Cartagena de Indias, escribe en 1612 al rey Felipe III, en respuesta a una petición del monarca para que le «avise acerca de los dos novenos de las villas de Mompox y Tolú y en qué poder han entrado y en qué se han gastado y qué tanto vale cada año». Ladrada le responde: «Yo envié la cédula de V.M., a los oficiales reales de Cartagena y les pedí diesen razón de lo que en este caso había...»

Y explica luego las razones dadas por las autoridades sobre por qué no se conserva dicho documento: «Y no sabemos ni ha venido a nuestra noticia que en ningún tiempo pasado, S. M., haya hecho merced de los dichos dos novenos a las iglesias de las dichas villas de Mompox y Tolú. Y porque los libros antiguos desta contaduría y otros muchos papeles se han consumido con el tiempo y mucha humedad de la tierra y *los han comido la polilla y el comején*, se podrá ver, siendo necesario, si hay razón de esta merced, en la Contaduría de cuentas de S. M., del Consejo Real de las Indias, donde se han enviado los desta caja, de la real hacienda desta provincia hasta mediados del año de mil seiscientos y seis».

Dos especies de insectos atacaban por aquellos tiempos papel y géneros, en las tierras cálidas, como ahora ocurre, y exponían a la pérdida total o parcial de ciertos productos que entonces se comerciaban entre el Nuevo Mundo y la Metrópoli. El primer insecto era el llamado *lepisma saccharina*, no tan destructor, habitante del Nuevo Mundo. Se le llama vulgarmente en algunas regiones «pez plateado» o «pescadito». Se trata de un glotón insaciable que se engolosina con el azúcar y la harina, que roe tela, papel y cuero. No elude las bibliotecas, dejando su huella en las pastas de los libros, una huella que termina destrozando la tela o papel exte-

rior. La aplicación regular de prevenciones facilita evitar el riesgo de tales daños.

El segundo insecto es un viejo enemigo que conserva hasta hoy su fatídico prestigio destructor es el *termes* o *termita* que llamamos comúnmente *comején*. El cronista Gilij le da el nombre de *nuke* y lo describe minuciosamente luego de encontrarlo a orillas del Orinoco: «Hormiga también puede decirse de cierto pequeño insecto que los tamanacos llaman *nuke*. Es del tamaño de las *jabalíes* (hormigas pequeñas y destructoras), de color blanquecino, y de un diente voraz por encima de cualquier otro insecto. No se ve sino raras veces del día, y, como diré más abajo, sale a hacer daño en las horas de las tinieblas. Señal indudable de las *nuke* son ciertas bóvedas pequeñas y alargadas, que no pasan del grueso de un dedo, y que hacen por la noche en la superficie del pavimento o en la de las paredes. Están debajo en gran número, y como ya señalé arriba, solo de noche van en busca de alimento».

El mismo Gilij describe los lamentables destrozos que produce el *comején*: «Alimento que les es muy grato son los libros. Les gustan igualmente las telas y los paños, y en una sola noche, en un sitio, horadando con los dientes, y en otro manchando con su tenaz baba mezclada con tierra, son capaces de echar en mala hora todos los libros que el misionero tiene consigo».

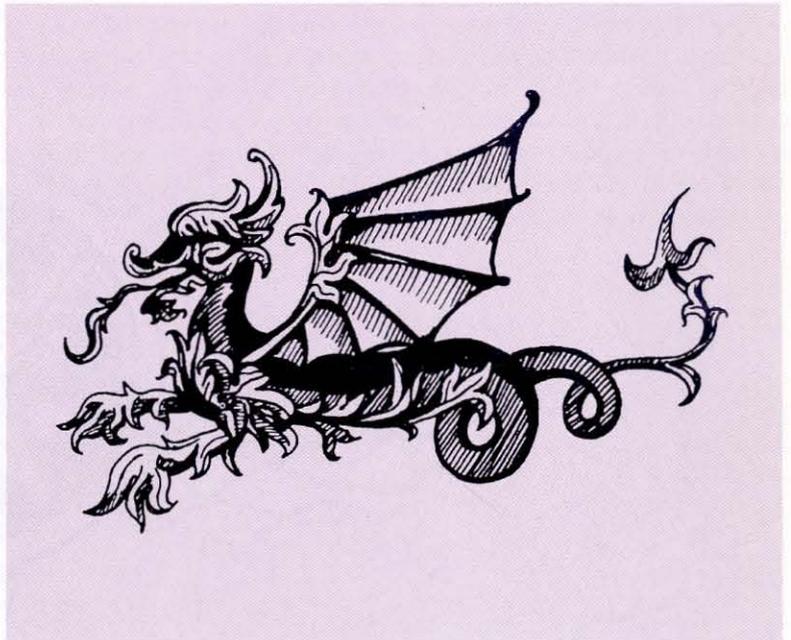
Jorge Juan y Antonio de Ulloa, sin referirse de manera explícita al papel ni a los libros, preocupados por la suerte de las mercaderías que llegaban a Cartagena, dejaron una serie de testimonios detallados, que confirman las palabras del misionero: «Así como las varias especies de insectos y animales de que se ha dado razón perjudican a la naturaleza humana con la peligrosa pensión de sus venenos, o lo molesto de sus picadas, hay otra que daña los muebles de las casas, y generalmente todas las mercaderías de tejidos y telas preciosas de lino, seda, oro y plata, con excepción de aquellas cosas que, por ser de metal, tienen mayor resistencia para no ceder fácilmente a su fuerza. Este insecto es el que allí conocen con el nombre de *comején*, que es una polilla o carcoma tan eficaz en su ejercicio, que convierte brevemente en polvo todo el volumen de uno o varios fardos de mercaderías a

donde llega a tocar; y dejándolos en su misma figura, traspasa todo lo que encierran con tanta sutileza, que al querer manejar las telas, quedan en las manos deshechas, y reducidas a retazos cortos, y al polvo en que las vuelve».

LOS CONTRAS

Si hoy, con el auxilio de la ciencia, gracias a la invención y producción de venenos que destruyen con eficacia los insectos dañinos, el *comején* sigue constituyendo un problema, sobre todo en documentos y libros existentes en climas cálidos y regiones húmedas, con mayor razón en el pasado, cuando ante la inexistencia de prevenciones y la casi total ausencia de armas eficaces aquellos depredadores minúsculos convertían en pasto fácil de su voracidad todo tipo de registro patrimonial. Tesoros de América desaparecieron bajo el filo de los dientes de un *comején*.

Aquel exterminador parece haber emprendido irreparables daños en Cartagena de Indias pues según testimonios, allí los insectos se distinguían por su voracidad, «... siendo cosa particular —señalaba Jorge Juan— que sea este insecto tan propio de aquella ciudad, y no a los demás países de aquellas costas, que con ser de Portobelo, y los demás sus inmediatos, tan semejantes a él en muchas otras cosas, no participan en la penalidad



del *comején*, ni se conoce en ellos tal animal, el cual lleva tantas ventajas a la polilla o carcoma, cuanto es mayor la prontitud con que hace efecto».

Gilij y Juan propusieron algunos remedios, que todavía podrían tener alguna utilidad. El primero señaló: «Quien quiere de alguna manera conservar sus libros, es necesario que tenga paredes y suelo limpiísimos, no dejando nunca día sin barrer o hacer barrer a otros. Es conveniente sacudir a menudo y quitar todo el polvo, al que las *nuke* son muy aficionadas. Enseguida que en el pavimento se vean las mencionadas bovedillas, es preciso aplastarlas con los pies, y no permitir que en toda la casa, por alejadas que estén de los libros, hagan las *nuke* sus nidos. Si este remedio no se aplica cuidadosamente, los libros son destruidos y papeles, cartas y archivos desaparecen».

Y Jorge Juan escribió: «Por esto es necesario allí gran cuidado en todos tiempos y con gran particularidad en el de Armada, para preservar de enemigo tan destructor las ro-

pas que se desembarcan, y las que se tienen almacenadas, o en las tiendas para el regular consumo. Esto se consigue con la precaución de poner la fardería sobre bancos de madera, que la levanten del suelo cosa de media vara, y a los pies se les da con alquitrán, que es el único preservativo que se ha encontrado contra el *comején*; pues aunque este traspasa las maderas con la misma facilidad que las mercancías, no toca donde hay alquitrán. Esta precaución no bastaría para librar del peligro los géneros, si no se tuviera también la de apartarlos de las paredes, con lo cual están seguros. Este insecto tan pequeño, que quasi no se deja percibir de la vista; pero de tan pronta actividad, que le basta solo el tiempo de una noche para dejar destruido un almacén entero si llega a apoderarse de él. Por esta razón es regular que, cuando se corren riesgos en el comercio, se especifiquen, yendo a Cartagena, las circunstancias en que se deben entender las pérdidas en aquella ciudad, por causa del *comején*» ❖

